



DOÑA MARIQUITA, LA PELONA.

(Continuacion.)

—Mi señora es quien debe determinarlo—contestó María. La Marquesa eligió al mismo religioso. El contador y el mayordomo se habian ofrecido á ser depositarios con la mejor voluntad; el maestro de obras manifestó deseos de ver la casa; el padre dijo, que hasta despues de vencido el año no habia de saberse cuál era, porque sabiéndolo sería conocido tambien el dueño, y por entónces queria ocultarse.

Era llegado el momento solemne: Doña Mariquita la moderna, muy al contrario de la antigua María, hija de Juan Lanas, se levantó de su silla muy ágil; y no como víctima dolorosamente resignada, sino con el aire de una reina que celebra su triunfo, se llegó á la mesa del tocador, desdobló y se echó por sí misma á los hombros un peinador de la Marquesa guarnecido de encajes, y ocupó grave y majestuosamente su asiento. Se quitó luego los pendientes y la diadema, y

desprendiéndose las lucientes y odoríferas trenzas, las fué poco á poco deshaciendo y echándose todo el pelo á la espalda. Tendidas y ondeando las negras ondas del cabello sobre el lienzo blanquísimo, que daba más oscuro matiz á la hermosa madeja, cogió María las tijeras, y llamando al galan peluquero, le dijo:

—A ver, Julian; tome Vd., y corte por donde quiera.

Julian, pudoroso y aturdido, recibió las tijeras y principió á cortar y poner á un lado los largos cadejos que iba cortando, cuidadoso de que no se enredaran. Miraba entretanto en el espejo María el singular contraste de su rostro ufano y risueño con la atribulada fisonomia del peluquero; y más allá aparecian tambien, como en el fondo del cristal, ceñudos y cariacontecidos los semblantes del maestro de obras, del contador y del mayordomo.

Los 40.000 en oro y los títulos de la

casa estaban sobre la mesa del tocador; y dirigiendo los interesados amantes sus miradas al taleguillo de oro y á la cabellera de la jóven, que poco á poco iba dejando ver el limpio cutis de la bien cuidada cabeza, parecian mudamente decir: "Teniendo Mariquita lo uno, lástima es que se quede sin lo otro."

Pero se quedó sin ello en muy breve rato. Reinó durante la descapilacion un triste silencio, interrumpido al fin por la señorita con una de sus carcajadas locas, la cual le hubiera costado un recio bofetón de su madre si no se hubiera hallado algo léjos para recibirlo.

Despacio y con graciosa coquetería se prendió nuestra Mariquita la toca, y haciendo una reverencia cómica á los presentes, como burlándose de sí misma, se retiró á su habitacion para desnudarse aquella ropa y vestirse el hábito carmelita, que le estaba mejor que la basquiña de paño de seda con su fleco de á media vara.

Eran entónces estrechos y cortos los vestidos de las mujeres: era largo y ancho de ruedo el hábito y bien entallado: el elegante cuerpo de Mariquita parecia con el hábito más esbelto y airoso, mayor la estatura. Perfilaba delicadamente la toca su rostro oval de suaves contornos, y el manto negro y cumplido, desembarazadamente manejado, prestaba á aquella figura, más graciosa que noble, cierta imponente dignidad, que no tenía con el traje de moda.

Como era justo, salió á despedir á María toda la servidumbre de la Marquesa. La alegría de la casa llamaban á nuestra seductora jóven; y en efecto, digérase que la alegría de aquella man-

sion del lujo se ausentaba con Mariquita. Sin embargo, la ausencia no habia de ser para siempre, sólo habia de durar un año. Razon tiene la copla vulgar:

Dicen que no se sienten
Las despedidas:
Quien lo diga de veras,
Que se despida.

Acompañada del religioso y de la Marquesa, de la señorita y los de la casa, cruzó la calle, pasó al monasterio, y retirándose desde la portería el obsequioso acompañamiento, entró María más allá con la señora, la señorita y el padre. Numeroso habia sido el séquito de la despedida; numeroso fué tambien el del recibimiento: toda la comunidad quiso ver á la que llamaban ya *Doña Mariquita la Pelona*. No cabia en sí de alborozo la señorita, creyéndose libre de la severa María porque se encerraba entre monjas; y la señorita, que lo oía todo, no habia oído decir á su madre que se le hubiese de buscar aya nueva. Era inútil buscarla: cuando llegó el caso de volverse la señora Marquesa, instalada ya en su celda María, dirigiéndose la madre á la hija con grave acento, la dijo:

—Yo sin María no pudiera hacer carrera de tí: con que he determinado que te quedes en el convento con ella y como ella.

Rompió á sollozar amargamente la señorita; pero en medio de su afliccion, la madre se fué, la señorita se quedó, y un rato despues hubo de tener un nuevo y más fuerte motivo de llanto. Solas en su celda las dos reclusas, María, revistiéndose de toda la seriedad que usaba con su educanda, la explicó en breves razones lo que querian decir las palabras de la Marquesa, *quedarse*

en el monasterio con María y como María. La Marquesa, viendo con mal pelo á su hija, y con asomos de liviandad, peores que el pelo segun las trazas, habia mandado al aya que la vistiese tambien de hábito carmelita y la cortase al ras el cabello: el hábito y la toca estaban ya en la celda y las tijeras en la faltriquera del aya. Afortunadamente, desde que María contaba con cuatro amantes habíase vuelto cuatro veces ménos rigurosa que cuando carecia de uno, por lo cual sólo cayó sobre la cabeza de la señorita el mongil, y no la tijera, quedando las dos compañeras de encierro con el mismo uniforme.

En un año de rigurosa clausura no podia ménos una mujer de regular discurso, como nuestra buena María, de reflexionar con el asiento y la madurez que ya iban requiriendo sus años: el órden, la paz y las piadosas ocupaciones de aquel santo asilo convidaban á la reflexion irresistiblemente. Allí fué donde conoció las interesadas miras de sus cuatro amantes; y pasándoles revista en su imaginacion muchas veces, hubo de caer al fin en la cuenta de que ninguno de los cuatro le convenia.

Figurábase que pasado el año de encierro no dejarían de ofrecérsele otros; pero era de temer que valieran ménos porque ya entónces entraria ella en los veinticinco años, y comprendia que segun iba una mujer avanzando en edad, iban siendo de precio inferior los partidos que se presentaban. Dominada de una tierna melancolía se dejó ganar del manso atractivo que tenían para su espíritu el sitio en que vivia y los actos de virtudes que presenciaba; y desahogándose con la madre abadesa, prudentísima esposa de Dios, la manifestó

su deseo de quedarse por hija suya. La superiora celebró los castos propósitos de María, pero la aconsejó que pasado el año volviese al mundo y viviese otro año en él, y si transcurrido éste seguia sintiéndose con vocacion al claustro, se la daria el hábito al punto.

Con el suyo del Cármen salió del convento María, cumplido el año, más gorda, más blanca y más prudente y sería que habia entrado: recibieronla su señora y los demás que la habian despèdido, entre ellos los cuatro amantes, á los cuales, en la primera ocasion, declaró con la mayor formalidad que pensaba ser monja. El religioso la entregó el dote, y la dió posesion de la casa. Era de humilde traza exterior; por dentro cómoda y limpia; el mueblaje, de nogal lustrado con cera; tenía un jardinito con su fuente, un oratorio, y en él una devota imágen de la Madgalena, con la cabellera de María.

—¡Con que es esto mio!—exclamaba ella fuera de sí, como si no hubiese visto cosa mejor en su vida.—No sé que daria porsaber quién es la generosa dama á quien debo donacion tan preciosa.

—Aquí lo sabrá Vd.—la dijo la mujer que le enseñaba la casa, criada antigua del tío de D. Juan, muerto dos meses ántes.

El tío era el muerto, no el sobrino. María, que nada ocultaba á la señora Marquesa, la entregó el papel lacrado que la criada la ofrecia; y encerrándose las dos en el gabinete, leyó la Marquesa el papel que, fielmente copiado dice de este modo:

“Señorita María: Por mi firma conocerá Vd. que soy el tío de aquel Don Juan rechazado tan honradamente por usted en sus atrevidos amores. Ha de sa-

ber Vd., á pesar de todo, que mi sobrino la queria bien á Vd., y aún quizá la quiere. Se resintió su orgullo tanto de la resistencia que no esperaba, que propuso vengarse; y, en efecto, se ha vengado alevosamente. La señora de quien el buen religioso de la Merced recibió el encargo de dotar una huérfana, era una emisaria de D. Juan, mi sobrino. Avergonzado por sus amigos, quiso ausentarse de esta ciudad y que usted permaneciese soltera mientras él volvía: de eso ha nacido proponer á usted que se entre en un convento por todo

un año. Parece que una de esas veces que Vd. le desahució se sirvió Vd. de la vulgar expresion, *no me peino yo para Vd.*, Juan: ofendido, se ha empeñado en que, por ahora, no se peine usted para nadie. Yo, que algunas veces he visitado á la señora Marquesa, conocia las excelentes prendas de usted; y aunque facilité á mi sobrino medios para ejecutar su vengativo antojo, fué con ánimo de indemnizar á Vd. á costa de Juan.

(Se continuará.)

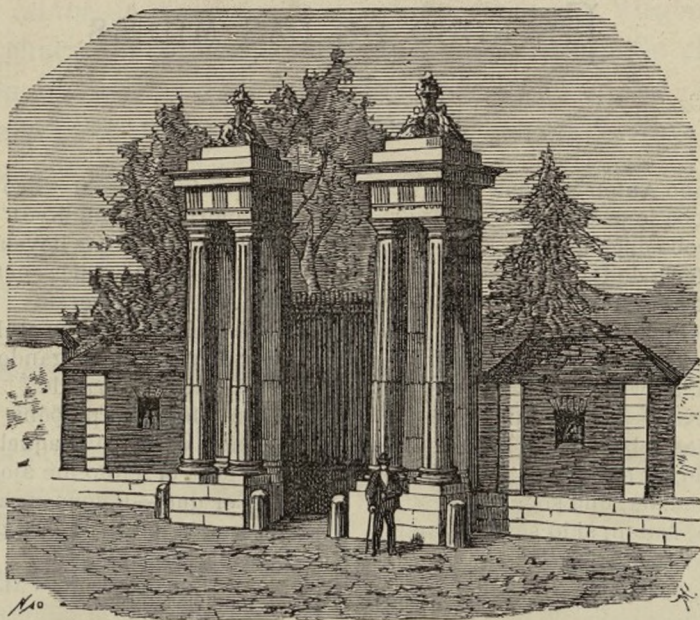
J. E. HARTZENBUSCH.



EN LA ESCUELA.

Ya comenzaron las clases,
Ya nuevo curso empezó:
Justo es que acudan los niños
A cumplir su obligacion.
Si el maestro tarda en llegar,

Juanito, que es el mayor
Y el más aplicado, puede
Tomar á otros la leccion,
Que así se forman los hombres;
Pero los hombres de pró.



MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

El Museo arqueológico, uno de los más importantes establecimientos científicos de Madrid y que de día en día ve aumentada la riqueza de sus colecciones, hállase establecido al final de la calle de Embajadores en la casa de recreo llamada *El Casino*, que el Ayuntamiento de Madrid regaló en 1816 á la Reina Doña María Isabel de Braganza. En 1867 fué destinado el edificio á su actual destino, sirviendo de base al Museo el Monetario y la Colección de antigüedades de la Biblioteca Nacional, así como los objetos procedentes de América y Asia que desde los tiempos de Carlos III

yacían en los sótanos del Museo de Ciencias naturales, y los que adquirió la Comisión científica enviada al Pacífico.

El Museo comprende cuatro secciones: la de *Tiempos primitivos*, *Edad Media*, *Numismática* y *Etnografía*. Todas contienen numerosos objetos de gran importancia histórica y valor positivo, siendo de desear únicamente que llegue á formarse un catálogo razonado y metódico, y aún ilustrado, de tan ricos objetos. Sólo entonces podrá apreciarse debidamente el *Museo arqueológico nacional*.

X.

EL ROBO DE LAS MULAS

CUENTO GITANO.

Al gitano Anton Sinpena
En Córdoba lo prendieron
Por un robo que dijeron
Hizo en feria de Baena.

Al verse el gitano preso
Empezó el pobre á gemir,
Y más cuando vió instruir
El oportuno proceso.

El juez así le interroga:
—¿Qué has robado?—Ná he robao;
Solo, zeñó, he afanao
Un pitoche; ná, una sogá.

—Mira, Anton, si lo sé yo,
Y no te vale la bula;
No es sogá, ha sido una mula

Lo que has robado.—Ezo no.

Zeñorito, ¡po un divé!
Que el mengue me lleve á cuestas
Si yo... por las cruces estas...
Ascúcheme su mersé:

Llegué á un cortijo en Baena,
Ví una soguilla corgando,
Y así tirando, tirando,
Me la afané; pero apena

Entré en mi casa aquel día,
Por poco el llanto me ajoga.

—¿Por qué?—Poique sepa usía
Que en la punta de la sogá
Atás dos mulas había.

A. ALCALDE VALLADARES.

HEROISMO Y MODESTIA.

—Toribio, ¿no eres tú hijo de
Bernardo el aguador, que nos ha
servido más de diez años, y que
hace poco tiempo se marchó á la
tierra, habiendo quedado tú en su
puesto para cubrir plaza?

—Sí, señor.

—¿Entónces eres tambien el que
hace seis ó siete años nos contó tu
padre que, siendo de poca edad,
tuviste una aventura con un lobo?

—Sí, señor—contestó Toribio
sonriendo.

—¿Quieres contármela tú, pues
apénas la recuerdo?

—Sí, señorito; pero no tiene
nada de particular.

Y diciendo esto, posó la cuba de

costado, se acaballó en ella y me
refirió lo siguiente:

—Tenía yo once años, y mién-
tras mi padre en Madrid servia su
plaza de aguador para volver á la
tierra con algunas onceñas, vivia
yo con mi madre y un otro herma-
nito de dos años en mi pueblo y en
una de sus casas más apartadas
del centro; cuando una tarde de
invierno que estaba nevando y ha-
cía mucho frio, mi madre, mi her-
mano y yo nos hallábamos comien-
do el pote al amor de la lumbre.
Mojada la leña que ardía en la chi-
meneá por la nieve, habíamos abier-
to la puerta para que el humo no
nos sofocara; cuando de repente mi

madre, que estaba de frente á ella, suelta la cuchara que se llevaba á la boca, con una mano coge á mi hermano, se le mete entre las rodillas, y sin acción para poder hablar palabra por el espanto, con la otra mano me señala á la entrada de nuestra casa.

Estaba yo de espaldas á donde mi madre indicaba, y al levantarme y mirar el objeto de su terror, no fué menor el mío al ver parado en medio del hueco de la puerta un monstruoso lobo, que con unos ojos que parecían ascuas y una boca enorme, guarnecida doblemente de afilados dientes, parecía, según su inmovilidad, que se recreaba de antemano en el placer que iba á experimentar devorándonos á los tres.

La Virgen de Covadonga me inspiró en aquel momento lo que debía hacer. Con prontitud, pero sin correr ni agitarme mucho para que la fiera no se adelantara, cojo del hogar dos ramas encendidas hasta la mitad, y con una en cada mano, pero ocultándolas tras de mi cuerpo, me dirijo despacio y con precaución al encuentro del lobo.

Este ve con sorpresa que me adelanto hácia él, da dos pasos cautelosos para salirme al encuentro y abalanzarse sobre mí; pero yo, que espiaba todas sus actitudes, con la rapidez del rayo adelanto los tizones á manera de banderillas, y tengo la

fortuna (¡bendita Virgen mía!) de que el fuego de uno de ellos le penetre por un ojo.

Un feroz rugido y caer el animal revolcándose de dolor es el primer triunfo que consigo, y con él la serenidad y la prevención necesaria para que tomando mil precauciones le repitá los tizonazos hasta conseguir que, amedrentado por las quemaduras, emprenda la retirada por el mismo camino por donde había venido.

Cierro y atranco inmediatamente la puerta, y cuando mi madre, ya respuesta del susto, me abrazaba y me besaba por mi serenidad que á todos había salvado, llegan los vecinos de la aldea armados de garrotes y atraílos por los feroces alidos que el lobo había dado mientras le abrasaba. Enterados por mí de lo ocurrido, y auxiliados con tres ó cuatro mastines que los acompañaban, pronto dan con la pista de la fiera, y ántes de una hora el lobo, rematado por los perros, era conducido en triunfo á la puerta de mi casa, donde todos se ensañaban sobre el cuerpo del animal ya muerto, bien con denuestos, bien con golpes y pinchazos.

No sé si voy á decir una atrocidad, señorito, pero aquella escena me disgustaba mucho; porque bueno que para defenderse uno y defender á su familia cause el dolor y hasta la muerte de su enemigo; pero

cuando ya está éste vencido y hasta muerto insultarle y maltratarle, á lo menos á mí, me parece que denota más cobardía que valor.

—Con tu arrojo y serenidad para luchar con el lobo me has probado, querido Toribio, que eres valiente. Con tus sentimientos de compasion

y de respeto al enemigo vencido, me haces comprender que eres un héroe. *Jamás se puede tener por valiente á aquel que causa sufrimientos inútiles á sus semejantes ó á los animales.*

CAYETANO COLLADO.

ACTUALIDADES.

Acompaña á este número el pliego 31 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, escrita por D. Manuel Ossorio y Bernard.

*
**

Los editores barceloneses Sres. Bastinos nos han favorecido con un ejemplar de un precioso silabario de pared, al cromo, tan elegante y bien entendido como todos los demás productos de su casa. Les agradecemos su amistoso recuerdo, que tenemos en todo cuanto vale.

*
**

En el régio coliseo siguen representándose con gran aplauso *Los Hugonotes*, *L'Ebreá* y *Traviata*, en las que alcanzan justas ovaciones la Teodorini, la Sembrich, Borghi y Furshs Madi, y Massini, Giannini, Pandolfini y Rapp, anunciándose *El Profeta*, *Barbero*, *Mignon*, *Africana* y otras óperas de repertorio.

*
**

El Español es sin duda el teatro que ofrece mejor golpe de vista: elegante y lujoso, sin recargos, dicho coliseo será el centro de reunion de la buena sociedad. *De Madrid á Toledo* y *Los habladores* son la comedia y el juguete con que abrió sus puertas. La Contreras, Calvo, Jimenez, Fernandez y Rossell estuvieron, como acostumbran, perfectamente.

*
**

En Apolo siguen los clásicos reinando en toda la línea. La Tenorio, Marín y Pepita

Hijosa, así como el primer actor de nuestro teatro, Valero, Vico, Delgado y Parreño, interpretan las obras de aquellos con inimitable maestría.

*
**

Mis dos mujeres, zarzuela cantada en el coliseo de la calle de Jovellanos, obtiene esmerada interpretacion. La Cortés de Pedral, la Franco de Salas, Ferrer y Oregon, demuestran en ella que son merecedores de los aplausos que el público les dispensa.

*
**

En Martin se ha estrenado con muy buen éxito el pasillo lirico *Sin conocerse*, de los Sres. Navarro (D. Calixto) y Taboada.

*
**

De la Comedia sólo hablaremos de una en tres actos de D. José Marco, estrenada el sábado 21. *Los conocimientos* se titula, y, aunque agradable, no llega con mucho á otras obras del mismo autor.

*
**

Lara y Variedades no ofrecen novedad. Alguna pieza que dura tres ó cuatro noches para desaparecer de los carteles: hé aquí lo que hasta el día podemos decir. En el primero se ha diferido el estreno de la comedia en dos actos *Expropiación forzosa*, por enfermedad del Sr. Riquelme, y en el segundo se han verificado dos estrenos, *En la estación* y *La sopa está en la mesa*: el primero fué fatal; el segundo más aceptable.